

Larghetto

El día empieza, otro día me digo, pero no, pero es el mismo día, la jornada cíclica e interminable en la que vivo atrapado, el día que ha amanecido como siempre, sólo con algún matiz particular. Por ejemplo, hoy me toca preparar el desayuno y me tocará también hacer la comida, de acuerdo con el estricto turno paritario acordado por mi mujer. Me afeito y por no mirar el fondo de unos ojos opacos, enrojecidos por un sueño inquieto, leo la etiqueta del gel de afeitarse para pieles sensibles que reza: “Con leche de avena y vitamina E”. Llevado por la obsesiva pulsión lectora que me domina, doy la vuelta al envase para saber cómo se ordeña la avena, o si he equivocado un producto cosmético con un componente del desayuno. Y una larguísima lista de productos químicos en inglés (*methyl-paraben, myristic acid, polyethylenglycol...*) que no incluye trazas de leche de avena, me recuerda, no sé por qué, aquella barra cilíndrica, blanda, blanca y tan olorosa, que mi padre colocaba sobre el lavabo cada mañana. Recuerdo cómo la frotaba ligeramente con una brocha que tenía algo de animal salvaje, y cómo aquella operación generaba una espuma espesa sobre su cara. Y recuerdo su respuesta, la primera vez que pregunté por aquella barra: “es jabón de afeitarse”. Entonces era eso, sencillamente, jabón. Jabón de afeitarse.

Conecto la radio mientras espero que salga el café y escucho las noticias con la vaga esperanza de que anuncien signos del fin del mundo pero no, sólo hablan del endurecimiento de las medidas anti-tabaco. El locutor las justifica enfáticamente por el bien de los no-fumadores, de los que no tienen por qué soportar el humo de los cigarrillos, aunque deban aspirar sin protestar el de los coches y las fábricas, pienso. Se cita un estudio de no sé qué universidad según el cual este año morirán en el país 4200 fumadores pasivos y yo me pregunto, cómo lo saben, por qué precisamente 4200 y no

2897 ó 34520. Quién los ha contado, quién certificó sus muertes por anticipado. Quién recordará esta predicción, y se encargará de comprobar la cifra el año que viene, si es que esto fuera posible. Me pregunto por qué se encuentra siempre quien afirme impunemente cuántos euros nos gastaremos estas navidades o cada cuántos días cambian las sábanas los españoles, los alemanes o los suizos. Me pregunto quién lo sabe y a quién le importa. Y en medio de todas estas preguntas, mi mujer llega silenciosa y adormecida, fiel a su costumbre de no pronunciar palabra antes del café. Yo leo distraídamente el paquete de cereales que me plantea esta trascendental pregunta: “¿Sabía que los españoles tan sólo consumen la mitad de la fibra necesaria para la dieta?” Me siento inquieto, primero por haber vivido hasta ahora sin plantearme algo tan importante, segundo porque a pesar de considerarme persona de inteligencia normal no soy capaz de entender la pregunta. ¿Todos los españoles, impulsados por un hábito alimenticio uniforme, consumimos exactamente la mitad de la fibra necesaria? ¿O se trata de otro promedio abusivo, un cociente salvaje de las toneladas totales de fibra consumida partidas por el número de españoles? Por iniciar la conversación de este día se lo señalo a mi mujer, que parpadea tres o cuatro veces leyendo el paquete de cereales y dice que lo que a ella le jode es el lenguaje sexista, que se hable de los españoles y se olvide a las españolas, a ver si es que ellas no consumen cereales. Y yo pienso que tenía que haber previsto la contestación porque ella es una militante de las “perspectivas de género”. Escucha las noticias en la radio, frunce el ceño, gruñe mientras mastica la tostada. Y sé exactamente lo que va a hacer, tomar unas rápidas notas en su agenda y enviar más tarde un correo electrónico desde su puesto de trabajo al defensor del oyente o al mismo director de la emisora, quejándose del lenguaje sexista empleado por el locutor, de su sistemática invisibilización de la mitad femenina del país, cuando habla, por ejemplo, de “los padres” que ya piensan en los regalos navideños de “sus hijos”. Yo

me guardo mucho de hacer ningún comentario, porque ya hemos discutido sobre el tema hasta la saciedad, porque su cruzada ya nos ha distanciado lo suficiente. Porque ella cree que yo formo parte más o menos inconsciente de un invisible sindicato masculino y porque yo creo que ella ha sublimado sus impulsos de transformación de la sociedad, sustituyendo a los capitalistas opresores de los obreros, (transmutados por la postmodernidad en animosos emprendedores-creadores-de-riqueza-y-empleo) por los machos dominantes, opresores de las mujeres. La misma voluntad férrea de lucha y el *statu quo* social protegido. Ella se marcha a su trabajo en el OPIG (Observatorio Provincial por la Igualdad de Género), después de darme un beso estándar, y yo marcho a mi puesto de trabajo en la biblioteca universitaria. Siempre decía mi mujer que pude aspirar a algo mucho mejor, y quizá fuera cierto, pero nunca coincidimos en el sentido que dábamos al término *mejor*. Yo jamás pude imaginar nada mejor que la callada concentración que se respira en una biblioteca, sobre todo cuando la alternativa, el ruido exterior, nunca consigue mejorar ese silencio. Y por fin llega el primer momento agradable del día, cuando entro en el coche, selecciono lo que voy a escuchar en el reproductor de CD y me enfrento al tráfico envuelto en música. Mi música, casi siempre en *tempo* largo o *largo*, tal vez algún adagio en los días luminosos de primavera, no esta mañana, cuando la amenaza de la cercana Navidad comienza a oprimirme el pecho. El *tempo* que corresponde exactamente a la cadencia de los latidos de un corazón que apenas tiene más motivos para latir que una inexplicable persistencia en su ser.

Llegar al trabajo duele un poco. Duele porque tengo que cortar la música, porque tengo que tomar en marcha el tren de la rutina de cada día. Sin embargo, no me quejo, hay aspectos de mi trabajo que me mantienen vivo. Tomar los pedidos de los alumnos, perderme sin prisa en los corredores de la biblioteca oliendo a libro viejo, colocar los volúmenes que me devuelven en los huecos que parecen estar aguardándolos,

comprobando con qué exactitud encajan, cómo parecen reposar por fin al encontrar su sitio, como los muertos... Y también está Ella, por supuesto, la que ilumina mis tardes desde hace años. Y cuando no hay muchos pedidos, puedo leer sin parar, leer y leer y seguir escuchando música, largos, larghetos, algún adagio, colocando discretamente un auricular de mi reproductor MP3 en el oído contrario al expuesto al control visual de la directora desde su despacho. Definitivamente, no podría haber encontrado nada mejor.

Pero hoy se tuerce el día. La directora nos convoca a una reunión, dejando sólo a una compañera atendiendo el mostrador. Me esfuerzo por seguir aplicadamente el farragoso y lento discurso de la directora, por entender esa necesidad inaplazable de que la biblioteca universitaria establezca un sistema integral de gestión de la calidad, planifique su actuación por objetivos y defina indicadores de excelencia en su funcionamiento. Hay que distribuir encuestas de satisfacción entre los usuarios con cada libro que se preste. En una palabra, hay que engancharse al carro de las modernas tendencias en gestión y *manashment* (creo que eso es lo que ha dicho). Quedan constituidas la Comisión de Garantía Interna de Calidad, la Comisión para una Biblioteca Sostenible, y la Comisión del Plan Estratégico y Acciones Dinamizadoras. Consigo quedar excluido de todas ellas, no es difícil, saben que yo soy el raro, el escéptico, el aguafiestas, el que no cree en nada. Sé bien que mi falta de compromiso me deparará más trabajo de atención a los estudiantes y que estos tendrán que esperar más tiempo ante la ventanilla de los préstamos, servicio que quedará desatendido por todos los que a partir de ahora dedicarán su esfuerzo a la mejora de la calidad.

La mañana se ha escurrido furtivamente con todas estas cosas, sin haberme dejado al menos el rédito de un fragmento de libro leído a escondidas. Qué ironía, tener que leer clandestinamente en una biblioteca. Antes de marcharme voy al servicio, y mientras uso el lavabo no puedo evitar leer el adhesivo pegado a la pared con las

detalladas instrucciones que me proporciona el Ministerio de Sanidad para lavarme las manos y combatir no sé qué terrorífico virus de la gripe del que hace años se hablaba mucho en las noticias y que iba a causar millones de muertes. Y vuelvo a leer el teléfono de contacto del Ministerio de Sanidad “para más información”. Y fantaseo una vez más con llamar a ese número, y pedir al funcionario ministerial de guardia una información adicional, de carácter oficial y lo más detallada posible, acerca de cómo debe lavarse las manos un ciudadano medio como yo. Es igual, sé que no lo haré. Y como lata de conserva en cadena de producción, mi coche vuelve a ocupar ordenadamente su sitio en la fila de la autovía, mientras escucho un largo de piano a todo volumen, una pieza de Bach que llega a hacerme soportable la lentitud del tráfico, los minutos que me separan del supermercado. Bach me permite soportar el gigantesco anuncio de una inconfundible bebida refrescante al margen de la carretera que pregona en letras de varios metros de altura: “Sabemos lo que te hace feliz”. Con el impacto de esta revelación llego al supermercado, compro el pan sin dificultades, pero lista en mano dudo como siempre, es más, me quedo bloqueado, mientras mis ojos vagan desorientados desde la escueta palabra *yogur* escrita por mi mujer en la lista de la compra hasta la inmensa estantería refrigerada que me propone cientos de variedades, con todas las frutas del mundo o sin ellas, con sabores o sin ellos, con cereales, bifidos, reguladores del colesterol o del tránsito intestinal, griegos, desnatados, edulcorados o enriquecidos con probióticos. Y al final, porque ya no soporto más el ruido que sale de los altavoces (“señor Pepe, señor Pepe, pase por pescadería”), cojo un *pack* de cuatro yogures al azar, qué más da, si sé que no voy a acertar con la variedad de la modalidad de la subclase de yogur que hoy se ajustará al concepto de vida sana de mi mujer. Y me doy cuenta de que yo también estoy ya diciendo *pack*, y terminaré diciendo *brick* y *blíster*, maldita sea. Llego a casa, espero a que se extingan los últimos compases de la

balada en fa de Chopin sin apagar el motor, y comienzo a hacer la comida, mientras escucho las noticias en la televisión del salón. No, definitivamente, el mundo no acabará hoy. Parece que un entrenador de fútbol de gesto adusto ha hecho algunas declaraciones cuya banalidad está concitando la atención de todo un país. Mi mujer llega, al parecer satisfecha de la cacería, y mientras comemos me cuenta las campañas de concientización (dice) que están diseñando para promover la igualdad de trato. La dejo hablar hasta que su monólogo se extingue por sí solo, y escuchamos las noticias.

Vuelvo al coche, activo el reproductor de CD, comprendo que necesito algo realmente contundente, y las notas del adagio del concierto nº 5 para piano de Beethoven caen desde los altavoces como lágrimas de un adiós sobre una piel aún estremecida. El sol brilla sin convencimiento y yo tengo un anhelo repentino y violento de niebla, de bruma, de tormenta.

En el trabajo confío en que al menos esta tarde venga Ella, con su aire fresco en torno, sus libros y sus apuntes. Lleva varios días sin acudir a la Biblioteca. Y no sé, cuando levanto los ojos y se encuentran con su sonrisa al otro lado del mostrador si es Ella o es mi deseo. Pero es Ella, que en lugar de sentarse como suele hacer en las mesas que hay delante de mi ventanilla, en vez de ofrecerme el perfil de su rostro como tantas otras tardes, viene a devolver un libro y, no quiero, no puedo creerlo, a despedirse. A despedirte, repito, sin poder reaccionar, como si me hubieran dado el resultado fatal de una biopsia. Y ella me dice que ha aprobado en la convocatoria de diciembre la última asignatura que le quedaba, que se marcha a Estados Unidos después de Navidades, que me agradece el buen trato que le he dado durante sus años de estudiante, las brevísimas charlas que hemos mantenido sobre libros o música mientras desmagnetizaba o registraba sus pedidos. Y lo más inteligente que alcanzo a decir es te marchas, y no soy capaz de concebir las tardes de aquella biblioteca sin su presencia, sin su atención

concentrada en los libros y en los apuntes, sin su pelo que se deslizaba poco a poco para ocultarme su rostro, hasta que ella me lo volvía a descubrir de un manotazo distraído. Y de pronto ya está, se acabó, ya se ha ido y no consigo recordar si he llegado a decirle adiós o buena suerte o lo que se suele decir cuando arrancan una parte de tu cuerpo y la facturan al otro lado del mundo.

Por primera vez en mucho tiempo no escucho música cuando voy en el coche a los grandes almacenes donde he quedado con mi mujer para empezar las compras de Navidad. Por primera vez prefiero el silencio, esto es, los ruidos del motor o del tráfico. Soy un sonámbulo llevado por unas piernas que no controla entre mostradores repletos de cosas y cosas, tropezando con personas cargadas con bolsas llenas de cosas y cosas, aparentemente satisfechas de lo que han comprado, escuchando mensajes de buena voluntad que vomitan los altavoces e insistiendo lo importante que es hacer el regalo adecuado a la persona querida. Soy incapaz de decidir cuál de estas cosas complacerá a ese hermano o cuñado que tiene absolutamente de todo, y que probablemente estará ahora buscando cosas para mí, cuando tampoco yo necesito nada que pueda ser comprado. Sé que voy a dedicar más tiempo a elegir un regalo del que utilizará su receptor para devolverlo y hacer uso del ticket-regalo, la evidencia de esta farsa en la que se han convertido los regalos de Navidad. Recuerdo ahora cuando la Navidad era un Belén hecho entre todos, una cena especial, sólo una, en Nochebuena, rematada con dulces, turrónes y villancicos, la expectativa de la noche de Reyes, los juguetes con los que habías soñado durante un año, o quizá otros que no esperabas, qué más daba entonces. Los reproches de mi mujer a mi falta de interés hacia las compras se imponen a los mensajes de paz, amor y consumo con que nos agreden los altavoces. Finalmente, cansados y cargados de cosas y cosas en bolsas de plástico reciclable volvemos al coche, regresamos a casa sin hablar, un poco aturridos. Nos esperan la ducha, dos

bocadillos, alguna serie de televisión y un par de docenas de anuncios que nos permitirán hacer más fácil la transición hacia la cama, el reposo, la oscuridad, el sueño, la nada, esa pequeña y confortable muerte cotidiana. Y antes, justo antes de dormir, justo cuando el pensamiento comienza a flotar y a derivar por sí sólo hacia esos ensueños que mañana no querré recordar, abro de pronto los ojos y comprendo que el día que me aguarda no será el de siempre sino otro diferente, y un poco peor.